

GACETA MEDICA DE MEXICO

tomo LXIII

junio 1932

núm. 6



Dr. Alfredo Fournier

IN MEMORIAM

En el mes de mayo de 1932 el mundo médico celebra el centésimo Aniversario del nacimiento del Ilustre Sifilógrafo francés Alfredo Fournier.

La Academia Nacional de Medicina de México fiel a su tradición honró la memoria de sabio tan insigne en su Sesión del día 25 de mayo; y confirió a su Secretario perpetuo, Dr. Alfonso Pruneda el hacer su panegírico; siendo invitados de honor en dicha ceremonia el Sr. Erick Labonne, Ministro de Francia; el Sr. Vice-Presidente de la Asociación Médica Franco-Mexicana Dr. Antonin Cornillon y los demás Señores Presidentes de las diversas Sociedades Francesas residentes en México.

HOMENAJE AL DOCTOR ALFREDO FOURNIER EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

Trabajo extraordinario leído por el Doctor Alfonso Pruneda, Secretario Perpetuo de la Academia, en la sesión del 25 de mayo de 1932.

Antes de dar lectura a mi trabajo quiero suplicar a ustedes, me permitan, como Miembro de la Academia, expresar nuestros agradecimientos al Sr. Ministro de Francia y a los Señores Presidentes de las Sociedades Francesas de México, por haber concurrido a esta Sesión; en particular, agradezco a mi amigo el Señor Doctor Cicero, me haya facilitado varios libros de su magnífica biblioteca que me sirvieron para la formación de este trabajo.

En la afanosa búsqueda que por difíciles caminos realizan los sabios para arrancar sus secretos a la Naturaleza y para alcanzar la Verdad, es frecuente que participen, simultáneamente o a través de los tiempos, observadores e investigadores de diversos países, como si esa ansia de saber siempre más, para ponerlo siempre al servicio de la Humanidad, se hiciera sentir en diversos sectores de ésta, y como si cada uno de los que en ellos laboran, sintiera asimismo la obligación ineludible de contribuir, con lo que significa su esfuerzo, para el bienestar común.

Pasteur decía a menudo que "la ciencia no tiene fronteras" y, recientemente, Richet, ha dicho que "la ciencia no es alemana, ni francesa, ni europea, ni australiana, ni del siglo XX, ni del siglo XIII. Es la Ciencia, desnuda, sin epíteto".

Por esto, que frecuentemente se olvida o se desconoce, a pesar de su exactitud, los sabios de cada país y los de cada época de la historia de los conocimientos humanos han contribuido y seguramente seguirán contribuyendo, cada uno en la esfera de sus posibilidades y con las características que le dan su raza y su cultura, a que la ciencia avance más y más. Este esfuerzo colectivo, a través de las épocas y más allá de las fronteras, es una de las pruebas más patentes de que la Verdad es capaz de establecer la solidaridad de los espíritus y de que, quizás, como lo piensan actualmente algunos hombres eminentes y bien intencionados, en la cooperación intelectual internacional está la clave de la resolución de muchos de los graves problemas que afligen al mundo.

La biología y la medicina ofrecen numerosos y elocuentes ejemplos de esta acción diseminada, de finalidad común. Si se estudia el desarrollo y la evolución de las especies, encontramos unidos los nombres de tres grandes sabios de patria distinta: Darwin, Lamarck y

Haeckel. Al pensar en los trabajos que condujeron al descubrimiento de la circulación de la sangre, vemos ligados a ellos a los representantes de dos razas: Harvey y Miguel de Servet. Cuando deseamos darnos cuenta de los progresos que la fisiología ha echo, vienen a nuestra memoria las figuras de Claudio Bernard y de Ivan Petrovich Pavloff. No podemos explicarnos las conquistas realizadas a propósito de la tuberculosis, si olvidamos los nombres de Laennec y de Cohnheim, de Villemin y de Koch. Los ejemplos de esta actividad científica interhumana podrían multiplicarse; pero en pocos casos se ha hecho más ostensible que en la sífilis.

Esta enfermedad, que según dice Voltaire, "es como las bellas artes, porque se ignora quien ha sido su inventor" data su historia científica del siglo XV y, desde entonces, se suceden, con el mismo afán de investigar y de saber, personalidades eminentes de nacionalidad diversa. Fracastor, en 1546, da a la enfermedad el nombre que siempre ha llevado, hace de ella una descripción clínica notable y apunta ideas valiosas sobre su génesis y contagio. En 1786, Hunter aporta su observación (en algunos puntos equivocada) y hace por primera vez la descripción del chancro duro, llamado por eso chancro huntariano. Ricord, en 1877, establece la clásica división de los tres períodos de la sífilis y describe minuciosamente sus síntomas. Metchnikoff y Roux, en 1903, practican en una chimpancé la inoculación del virus de un chancro sífilítico. Schaudinn y Hoffmann, en 1905, descubren el treponema pálido. Noguchi lo cultiva en 1911 y produce diversas lesiones experimentales en diversos animales; encontrándolo más tarde en algunas lesiones nerviosas de origen específico. Wassermann, en 1907, aplicando el principio de Bordet y Gengou, descubre la reacción diagnóstica que lleva su nombre y, por último, en 1909, Ehrlich introduce el salvarsán en la terapéutica de la sífilis. La ciencia, encuentra a su servicio, en esta serie brillante de descubrimientos, hombres excepcionales, que difieren en su origen, en su cultura, y en su nacionalismo, pero que todos contribuyen con lo que estas diferencias les dan de característico, al mayor y más amplio conocimiento de una enfermedad que, por su extensión y gravedad, merecía esa vasta colaboración.

En esa pléyade de sabios, entre los cuales destaca por haber consagrado casi toda su vida al estudio de la sífilis, figura también aquel a quien se rinde hoy homenaje en el primer centenario de su nacimiento: Alfred Fournier.

Nacido el 12 de mayo de 1832, se dedica a la medicina y tiene la fortuna de ser interno del ilustre Ricord, en el Hospital du Midi, en 1858, año en que hace la publicación de las "Lecciones sobre el chancre", que había profesado su maestro y que completó con algunas notas e investigaciones personales. Obtiene su grado de doctor en medicina en 1860 y escribe su tesis inaugural sobre "El contagio sifilítico", que, aunque parezca increíble, era aún muy discutido en algunos de sus aspectos más importantes. Médico en los hospitales en 1863, es nombrado profesor agregado a la Facultad de Medicina de París en 1865, eligiendo la uremia, como asunto de tesis. En 1866-1867, reemplaza al profesor Grisolle en la clínica del Hotel-Dieu. El Hospital de Lourcine le acoge, como jefe de servicio, en 1868, y ahí principia a dar sus lecciones sobre sífilis, que prosigue en el célebre Hospital Saint-Louis, a partir de 1876. Es recibido en la Academia de Medicina en 1879 y al año siguiente (1880), al fundarse la cátedra de clínica de las enfermedades cutáneas y sifilíticas de la Facultad de Medicina, es nombrado profesor titular, inaugurando su primer curso oficial el viernes 19 de noviembre de 1880. En 1899 inicia la organización de los dispensarios antivenéreos. Funda el 31 de marzo de 1910 la Sociedad Francesa de Profilaxis Sanitaria y Moral, la preside por primera vez el 10 de mayo siguiente y es su animador principal hasta el fin de su vida. Durante ésta, toma parte activísima en numerosas reuniones internacionales relacionadas con su especialidad y contribuye poderosamente, con su saber indiscutible y con su grande experiencia, al éxito de las Conferencias Internacionales para la Profilaxis de la Sífilis y de las Enfermedades Venéreas. Muere el 25 de diciembre de 1914, en el quinto mes de la Guerra Mundial.

Alfred Fournier era, según nuestro colega el Dr. Cícero, su discípulo en 1892 y 1893, "de complexión robusta, de fisonomía simpática, de aspecto agradable; su mirada brillante estaba llena de bondad; su palabra, clara y elocuente, sin el menor esfuerzo, con gran naturalidad; su argumentación persuasiva, su conversación amena; su trato, tanto a los enfermos como a sus discípulos, sumamente afable; con él, no se experimentaba la penosa sorpresa de ver que el sujeto no correspondía a escritor, como sucede en no pocas ocasiones. De él, podía decirse, como Buffon, que el estilo era el hombre. Progresista por excelencia, era además muy reposado y sus juicios. Nunca rehuyó las innovaciones; pero las sometió siempre a concienzudo análisis y

experimentación rigurosa". (1).

La recia personalidad científica de Fournier debe analizarse en sus cuatro aspectos fundamentales: el de clínico, el de catedrático, el de investigador y el de sociólogo y moralista. En una ocasión como esta, el análisis debe ser obligadamente somero.

Clínico, tiene derecho a ocupar un lugar de elección entre los insignes médicos que, como Trousseau, Jaccoud, Peter, Dieulafoy, Landouzy y otros, han dado tanto brillo a lo que se ha llamado la escuela clínica francesa. Dotado de un notable don de observación, paciente en el estudio, sagaz en el diagnóstico y hábil en la terapéutica, Fournier tuvo todas las cualidades que caracterizan al verdadero clínico, y por eso los servicios hospitalarios que tuvo a su cargo, principalmente el del Hospital Saint-Louis, se vieron siempre tan concurridos por médicos nacionales y extranjeros, ansiosos de aprovechar, no sólo su riqueza extraordinaria en enfermos venéreos, sino, sobre todo, el partido que, desde el punto de vista clínico, sabía obtener de ellos el sabio profesor.

Porque, como los ilustres maestros de que antes se ha hablado, Fournier dió lustre excepcional a la cátedra del que fuera el primer titular, y a la que era natural que lo llevaran su copiosa experiencia y sus dotes meritísimas. Su enseñanza se dedicó especialmente a la sífilis; también abarcó la blenorragia y no descuidó, tampoco, la dermatología, en la que dió entre otras, bellas lecciones sobre las diabétides, el herpes de los niños, las erupciones debidas a la antipirina y las "gangrenas fulminantes espontáneas del pene", enfermedad de la que dió la primera descripción. "Sus lecciones, dicen sus biógrafos Gougerot y Brodier (*), eran preparadas con tanto cuidado, que la mayor parte de ellas han sido publicadas sin retoque; perfectamente ordenadas, expuestas en estilo tan claro como elegante, sin ornato superfluo, sólidamente apoyada en hechos clínicos, sin recargo de pesada erudición". Sin duda que estas cualidades de la enseñanza del gran profesor son bastantes para asegurarle un lugar predilecto entre sus pares.

Como ellos, no se limitó a transmitir lo que sabía o a cumplir el programa de la Facultad. La clínica de Fournier es un verdadero la-

(1).—"El Amigo de la Juventud" (Segunda Etapa. Número 20. México, febrero de 1915. Elogio del Doctor Fournier leído con motivo de su muerte, la noche del 11 de enero de 1915, en la sesión solemne de la Sociedad Mexicana Sanitaria de Rofiloxis de las Enfermedades Venéreas.

(*) "L'Hospital Saint-Louis et la Clinique l'Alfred Fournier". J. Peyronnet et Cie, Editeurs, Paris, 1932.

boratorio de observación y de investigación, donde se rectifican o comprueban muchas ideas reinantes acerca de la sífilis y, sobre todo, donde se encuentran, por primera vez, muchos hechos de gran importancia y se hacen afirmaciones trascendentes, cuya comprobación es inmediata o no se hace esperar largo tiempo. Afortunadamente para la ciencia estos trabajos han sido recogidos y publicados casi en su totalidad por el hijo del célebre sifilógrafo, el Dr. Edmond Fournier, y por otros discípulos suyos, y forman un verdadero monumento, del cual apenas será posible hoy señalar algunas de sus líneas fundamentales.

Al estudiar la blenorragia en los primeros años de su carrera, Fournier afirmaba, desde 1866, la especificación del reumatismo blenorragico; mostraba que la infección ataca las articulaciones, los tendones, los músculos y el periostio; describía una forma nudosa, deformante y amiotrófica; y dos años más tarde (1868) hacía conocer la ciática blenorragica. Además, en nuevos trabajos describía otras localizaciones de la infección.

Pero su campo de acción fundamental, como clínico, como profesor y como investigador, fué la sífilis. Su célebre "Traité de la Syphilis", publicado de 1898 a 1906, es una de las obras clásicas de la medicina; en él está vaciada su enseñanza en el Hospital Saint-Louis y tendrá que ser consultado, siempre con innegable provecho, por los especialistas y por los no especialistas. Cuando se ocupa del tratamiento de la enfermedad, en esa obra y en otra que dedicó especialmente a ese importante asunto, Fournier fija magistralmente las reglas que ríjeron antes de la aparición de los arsenaes y de los demás medicamentos modernos y que, todavía, se utilizan en parte en casos determinados. Insiste, desde entonces, en la necesidad de un tratamiento prolongado de la sífilis y dice "A enfermedad crónica, tratamiento crónico"; pero aclara, también, que este tratamiento crónico debe ser intermitente, señalando así dos preceptos fundamentales que todavía rigen la terapéutica del padecimiento.

Aborda diversos problemas etiológicos, mucho antes del descubrimiento del treponema, y ya en su tesis inaugural (1860) dice: "Yo creo que los accidentes secundarios de forma supurante son contagiosos y que los accidentes secundarios no se transmiten en esa forma, es decir, como accidentes secundarios, sino que el producto de su contagio es un chancro duro". Estudia en una obra especial los chancros extragenitales y crea el vocablo de chancros "inmerecidos" para

aquellos que no provienen de relaciones sexuales. Insiste, con energía, en la posibilidad de que la sífilis se propague por medio de la vacuna antivariolosa de brazo a brazo y, en sus célebres lecciones sobre la herencia sifilítica precoz y tardía, pone al corriente esta cuestión trascendental e introduce en ella datos y conceptos que la habrían de modificar en muchos aspectos y algunos de los cuales, como el de la herencia en varias generaciones, desechado por algún tiempo, ha sido recientemente comprobado y reaceptado merced a los últimos trabajos sobre el virus sifilítico.

Desde 1894, afirma en algunas de sus más notables lecciones que la sífilis no es solamente culpable del grupo de accidentes, ya sin embargo tan extensos y tan complejos, que se le relacionan con el nombre de accidentes específicos; hace más que esto y otra cosa que esto: es responsable de muchas otras manifestaciones morbosas, que no siendo sifilíticas por naturaleza, lo son por su origen. Menciona, entre ellas, la tabes dorsal, la parálisis general, la leucoplasia, y enriquece la terminología médica y, sobre todo, la clínica, con el sugestivo vocablo y con el interesante grupo de "enfermedades parasifilíticas". Ya, con anterioridad, Fournier había señalado, uno de los primeros, el papel de la sífilis en la producción de los aneurismas y en el desarrollo de otras lesiones vasculares y cardíacas. Posteriormente, en medio de una polémica célebre con Charcot y algunos de sus más notables discípulos, afirma el origen específico de muchos casos de ataxia locomotriz (tabes específica), lo que, como es sabido, se ha comprobado después plenamente, y asegura que la tabes es "una consecuencia de sífilis descuidadas, de sífilis tratadas insuficientemente en su origen". Por eso, aconseja "tratar enérgicamente la sífilis en sus principios, con el fin de conjurar esas manifestaciones tan graves, tan terribles, como la tabes". Por eso, igualmente, al dar con posterioridad sus memorables lecciones sobre "el período preatáxico de la tabes de origen sifilítico" (1885) afirma, primero, que debe reconocerse esa enfermedad en su principio, lo que él llama "la ataxia sin ataxia" y dice, después, que "la tabes sifilítica no es accesible a tratamiento específico, sino en sus etapas iniciales, absolutamente iniciales". Por último, en 1905, Fournier declara que la parálisis general progresiva no es una manifestación de sífilis reciente; que tiene una causa constante, la sífilis, y una inconstante, la insuficiencia del tratamiento antisifilítico, y que, casi constantemente, sucede a sífilis

inicialmente benignas. Los estudios posteriores vinieron a ratificar, con muy ligeras variantes, esas geniales concepciones.

El sociólogo y el moralista no valen menos que el clínico, el catedrático y el investigador. Fournier debe ser considerado, con justicia, si nó como el fundador de la higiene y de la medicina sociales, cuando menos como uno de sus más eminentes y notables propugnadores y realizadores. Después de estudiar, en la forma que lo hizo, las diversas manifestaciones de la sífilis; de agregar muchos nuevos datos al conocimiento de su etiología y de su evolución, y después de fijar los principios fundamentales de su tratamiento, convencido como lo decía desde sus lecciones sobre la herencia sifilítica (1891), de que aquella enfermedad es una calamidad social, que requiere un interés social y una profilaxis social, era seguro en un hombre como él, que siempre completó el pensamiento con la acción, que se interesará en la profilaxis de la sífilis y que dedicara buena parte de su actividad a despertar la conciencia pública, para ilustrarla y convencerla de la necesidad de su defensa, y que se esforzara en llevar un convencimiento semejante al ánimo de las agrupaciones y de las autoridades.

Ya en su obra "Syphilis et mariage" (1890), llamaba la atención de los médicos a sus deberes frente a la sociedad; estudiaba detenidamente las diversas condiciones y circunstancias que abarca el grave problema del matrimonio entre sifilíticos y, con su constante preocupación social, decía lo siguiente: "la preservación de la sociedad constituye, en el caso, la indicación capital, predominante, superior a cualquier otra consideración; y eso, porque esta indicación supone un interés general, tiende a un resultado que debe ser el objetivo de nuestro común y constante esfuerzo, a saber: conjurar la difusión de la sífilis, circunscribiéndola a sus focos, impidiéndole salir de ellos y diseminar sus gérmenes de contagio". Estudiando el problema de las nodrizas y de los lactantes sifilíticos, hacía consideraciones semejantes y fijaba con toda claridad los datos del problema y las soluciones que el interés individual y, sobre todo, el social, le sugerían, y que son la base de la profilaxis en ese peligroso terreno.

La profilaxis. Tal fué, en los últimos y fecundos años de su vida, su más grande preocupación. Si se quiere tener un concepto cabal de la obra realizada o iniciada a este respecto por él, basta recorrer las numerosas páginas del libro monumental titulado "Prophylaxie de la Syphilis", publicado en 1903, que se inicia con el dictamen

rendido a la Academia de Medicina de París, por Ricord, Bergeron, Le Roy de Méricourt, Léon Lefort, Léon Collin y por el mismo Fournier, que fué el relator de ese memorable documento y, de seguro, su inspirador. En esa obra constan, además, estudios del célebre sifilógrafo sobre los siguientes temas: profilaxis administrativa de la sífilis; hospitalización; nodrizas; sífilis vacunal; contaminaciones extragenitales; contagios médicos; profilaxis por el tratamiento; peligros sociales de la sífilis; fundación de la Liga contra la Sífilis y de la Sociedad Francesa de Profilaxis Sanitaria y Moral; esterilización de la sífilis; abolicionismo y reglamentación de la prostitución; y otros que deben comentarse de un modo especial.

Fournier creía, con justa razón, que **“no es con hospitales como se puede tratar y esterilizar la sífilis, sino con un sistema fuertemente organizado de consultas externas”**. Como resultado de esta convicción, formuló su proyecto de organización de instituciones especiales, de dispensarios venereológicos (así les llamó) y señaló, con gran acierto, sus detalles fundamentales: lugar de instalación, horas de trabajo, fichas individuales, recetas con instrucciones curativas y preventivas, distribución gratuita de medicamentos, etc. El dispensario antivenéreo es desde entonces, en todo el mundo, inclusive entre nosotros, una de las más importantes instituciones sociales, en las que no sólo se cura la sífilis, sino que se hace desde luego todo lo necesario para conseguir que los pacientes sean lo menos contagiosos posible, y se les educa convenientemente en la profilaxis.

Al estudiar la sífilis vacunal y darse cuenta de la realidad de la propagación de la enfermedad por medio de la vacunación de brazo a brazo, inició desde 1889 una campaña enérgica en la Academia de Medicina, ante las autoridades y ante el público, para sustituir la vacuna humana por la de origen animal. A ese respecto, en su obra relativa *“Leçons sur la syphilis vaccinale”* dice entre otras cosas lo siguiente: **“La seguridad absoluta no existe, no podría existir, con la vacuna humana”**. **“Esta seguridad absoluta no existe sino con la vacuna animal”**. **“Sustituir la vacuna animal a la vacuna humana me parece una necesidad que se impone”**. Esta campaña la habría de ganar Fournier, como la habrían de ganar en México quienes luchaban por igual y urgente sustitución.

Fijándose con notable perspicacia en las relaciones del **“peligro venéreo y los centros escolares”** (así se titula un estudio incluido en

la obra antes mencionada), afirmaba: "sería de desearse que en los centros escolares, los jóvenes de las clases superiores fueren ilustrados en los peligros de las afecciones venéreas, por medio de una enseñanza especial, dada por uno de los profesores o por un médico, si fuere posible dentro del curso elemental de higiene". Fournier ponía, de este modo, las bases de la educación sexual, haciendo a un lado gazmoñerías y falsos prejuicios que, por desgracia, aún no desaparecen en ciertos medios. Suyo es ese inapreciable folleto "Para nuestros hijos cuando tengan 18 años" lleno de adecuada doctrina y de sanos consejos, que ha sido traducido a todos los idiomas, que ha circulado entre las juventudes de todos los países y que fué conocido por la nuestra, merced a la Sociedad Mexicana de Profilaxis Sanitaria y Moral "José Terrés", que encomendó una traducción especial a nuestro colega del doctor Landa. Precisamente, porque veía estas cuestiones como deben verse, es decir, con serenidad y con criterio científico pero también humano, y porque pensaba, con razón, que estos problemas existen en los jóvenes y que es preciso ayudarles a resolverlos y no dejarles entregados a sus propios instintos y a sus propias fuerzas, es por lo que Fournier puede ser considerado justamente como un "moralista"; no como un teórico de la moral, sino como un hombre que estudia y conoce los problemas prácticos de la conducta y quiere y sabe contribuir, también prácticamente, a su más atinada resolución. Con el mismo criterio, al establecer las normas fundamentales de la profilaxis social de la sífilis, dejaba también al individuo toda la responsabilidad que le corresponde, cuando decía: "La mejor de todas las profilaxis no podría ser otra que la profilaxis individual, personal; a saber, la que cada uno puede y debe realizar en sí mismo. Comencemos, agregaba, por protegernos a nosotros mismos: valdrá más y será más seguro que el confiar nuestra salvaguardia a la vigilancia de otros". El moralista, el higienista y el sociólogo, se fundían, como deben fundirse, en la vigorosa personalidad del gran catedrático y clínico francés.

*

* *

Francés, lo fué a carta cabal: por su origen, por su educación, por su cultura, por su personalidad, por sus dones de maestro, por sus cualidades como médico, por su influencia social y mundial, por eso, con cuánta razón se enorgullece de él, la noble Francia, que ha tenido la dicha merecida de contribuir al progreso de la medicina, con hom-

gendie y de Marey; de Claudio Bernard y de Pasteur; de Pinel y de Trousseau; de Ricord y de Fournier!

Y también, con cuánta justicia nuestra Academia Nacional de Medicina, que honra incesantemente en esta sala la memoria del muy grande y muy ilustre fundador de la bacteriología y de la higiene moderna, ha querido honrar en esta noche, por la voz de su secretario perpetuo, al clínico notable, al catedrático insigne, al investigador sagaz, al médico sociólogo y moralista, que se llamó en vida Alfred nier.

No fué de los que cultivaron la llamada ciencia "pura". Quiso, pudo y supo siempre, al ensanchar los conocimientos en el dominio de su especialidad, darles la aplicación necesaria al bienestar humano; y, al encontrar y utilizar armas poderosas contra una de las más grandes plagas sociales, prestó y sigue prestando servicios eminentes a los hombres. Alfred Fournier, ese gran francés, y ese grande hombre, mereció bien de su patria y de la humanidad.

RESUME

L'esprit de coopération, si fécond pour le progres humain, en philosophie et en science, est mis en relief dans l'étude que le Dr. Pruneda présente au sujet des travaux et de la personnalité de Fournier, dans la session célébrée par l'Académie Nationale de Médecine pour honorer la mémoire de cet illustre Français.

Il le considère sous ses aspects de Professeur, de clinique et de sociologue et moraliste; dans lesquels il ressort par ses qualités d'observation et de sagacité, sa parole facile et ses expressions graphiques; par ses affirmations touchant la contagion, le traitement et les conséquences de la syphilis, et par son initiative pour réaliser l'hygiène et la médecine sociales au moyen d'une action personnelle sur autorices et la conscience publiques pour les amener à la conviction de la nécessité de la défense de la collectivité contre la syphilis, fait prédominant dans ce cas et supérieur à toute autre considération.

Le Dr. Pruneda le démontre ainsi en rappelant les travaux de Fournier sur le mariage, les nourrices et les centres scolaires en relation avec le mal vénérien; son labour sur la réglementation de la prostitution, la fondation de la Ligue contre la Syphilis et de la Société Française de Prophylaxie Sanitaire et Morale, de dispensaires vénéréologiques, etc., de même que son grand travail de divulgation, dont le monumental traité "Prophylaxie de la Syphilis" et le livre "Pour nos enfants lorsqu'ils auront 18 ans" sont une des meilleures preuves.

De cette étude ressort, dans toute sa splendeur, la personnalité de Fournier, bien Français et qui, sans cultiver la science pure, donna à ses connaissances l'application nécessaire au bien-être humain; il est un motif d'orgueil pour la France et il a bien mérité de la patrie et de l'humanité.

SUMMARY

The spirit of cooperation, so fertile for human progress in philosophy and science, is made conspicuous in the study of the work and personality of Dr. Fournier, that Dr. Pruneda presents at the session of the National Academy of Medicine, devoted to honor the memory of this illustrious French Scholar.

He considers him under his aspects of teacher, clinician and sociologist and moralist, in which he stands out for his qualities of observation and sagacity his fluent speech and his graphic expressions; by his assertions on syphilis contagion, treatment and consequences, and by his initiative to obtain social hygiene and medicine due to his personal motions with scientific societies public conscience and authorities to lead them to the conviction of the defense of collectivity against syphilis, which fact is predominant in this case, and is superior to any other consideration.

This is proved by Dr. Pruneda when he recalls Fournier's works on marriage nurses, and scholar collectivities in relation with venereal diseases; his labour regarding the regulating of prostitution the foundation of the "Ligue contre la Syphilis", and the French Society of Sanitary and Moral Prophylaxy, of venereological dispensaries, etc., and also his great work of divulgence of which his monumental book entitled "Prophylaxie de la Syphilis" and the pamphlet "Pour nos Fils quand ils auront 18 ans", are a proof.

This study presents, in all its splendor, the personality of Fournier, true Frenchman, who without cultivating the pure science, gave to his knowledge the necessary application for the human welfare; and is a pride for France, and deserves the gratitude of his country and mankind.

PALABRAS DEL DOCTOR ANTONIN CORNILLON

En nombre del Señor Ministro de Francia, de los Señores Presidentes de Sociedades Francesas y en el mío propio manifiesto a la Honorable Academia de Medicina de México nuestro profundo agradecimiento por habernos asociado al homenaje rendido en este día al insigne sabio francés el Profesor Alfredo Fournier.

La figura de este gran sabio domina e ilumina la ciencia de la sifilografía en toda la segunda mitad del siglo pasado. Si es cierto que en las primeras décadas del siglo XX, los trabajos de otros sabios como Noguchi, Metchnikoff, Bordet, Gengoux, Schaudinn, Wassermann, Ehrlich, Leredde, Ravaut y otros muchos han venido aportando datos nuevos inapreciables como el descubrimiento del espiroqueta causante de tan temible enfermedad, por Schaudinn; como la manera más precisa de diagnosticarla en los casos difíciles por la suero reacción específica en la sangre y en el líquido cefalorraquídeo de Bordet y Wassermann; como el descubrimiento de nuevos tratamientos por los arsenicales por Ehrlich; y por el bismuto por Ravaut, Levaditi y otros, sin embargo, cuarenta años antes, Fournier, supo de una ma-

bres de la talla del relieve de Rabelais y de Paré; de Mauriceau y de Tarnier; de Bichat y de Tillaux; de Broussais y de Laennec; de Manera magistral establecer las bases del tratamiento metódico, intermitente y prolongado por el mercurio y los ioduros.

Fournier supo ver el papel causante de la sífilis en muchas enfermedades como el tabes y la parálisis general y en muchas afecciones viscerales en las cuales no se sospechaba entonces la relación de causa a efecto de la sífilis. Este sabio supo ver la importancia social de esta plaga de la humanidad causa de un sin número de degenerencias hereditarias y factor de generecencias raciales.

El mismo sabio planteó desde entonces los requisitos necesarios antes del matrimonio y lo maravilloso del caso, es que, cincuenta a sesenta años después, a pesar de todos los descubrimientos posteriores, ejemplo raro en las ciencias médicas todo lo asentado entonces por Fournier queda en pié todavía.

Como francés de nacimiento y como mexicano de corazón, profundamente me alegro de manifestaciones como la de esta noche. Evidentemente todas las grandes figuras mundiales de las ciencias médicas ven en este recinto sagrado ensalzar sus virtudes, sus altas cualidades científicas, los adelantos que, gracias a ellos, se han realizado en las distintas ramas de la ciencia; pero, me pregunto, porque los sabios franceses en general son alabados y festejados aquí con más cariño. La respuesta a esta pregunta es muy sencilla. Los médicos franceses y los mexicanos son hermanos intelectuales. Han comido el mismo pan de la enseñanza; en las mismas directivas se han formado; en los mismos libros han estudiado; tienen la misma manera de pensar. Los sabios franceses son considerados aquí como formando parte de la misma patria intelectual y festejándose se festejan a unos amigos, a unos conocidos que nos son familiares desde hace tiempo.

Por esto ha sido tan fácil la labor de acercamiento de la Asociación Médica Franco-Mexicana porque su papel ha sido tan sólo de reunir dos ramas de una misma familia.

En nombre del Señor Ministro de Francia, de los Señores Presidentes de las Sociedades Francesas aquí presentes y de la Colonia Francesa por ellos representada, doy al Señor Presidente, al Señor Secretario Perpetuo y a los Señores componentes de esta muy Honorable Academia Nacional de Medicina, nuestras más expresivas gracias,